



Poesía y escuela. Encuentro de poesía en la E.E.S. N°12: relato de una experiencia

Paula Tomassoni* y Crisólogo Bonavita**

Algunas preguntas

La escuela se apropia de un gesto novedoso y decide desnaturalizar sus presupuestos. ¿Qué espera un alumno cuando le decimos que vamos a leer un poema? Difícil saberlo. Ni nuestro alumno ni nadie tiene, y conviene resaltarlo, el patrimonio de saber qué esperamos ante una propuesta semejante. ¿Leer poesía? ¿Cuál? ¿Quién? ¿A quién? ¿Para qué?

Discutiendo acerca de la lectura como una práctica cultural Pierre Bourdieu propone: “Me parece muy importante, cuando se aborda una práctica cultural cualquiera, interrogarse a sí mismo en tanto practicante de esa práctica. Creo que es importante que sepamos que todos somos lectores y que, como tales, corremos el riesgo de comprometer en la lectura infinidad de presupuestos positivos y normativos”. (Bourdieu, 2010: 256).

Claramente la escuela como institución pone en funcionamiento mecanismos de lectura que le son propios y socialmente reconocidos. Partimos de un diagnóstico informal, una suerte de resultado de la observación del termómetro que mide los reclamos de compañeros docentes, padres, opinólogos televisivos, y hasta de los mismos alumnos: los chicos no leen. Lo enfrentamos a los términos de Bordieu: “...todos somos lectores...” y pensamos: “los chicos sí leen”. Entonces, no se trata de intentar

* Paula Tomassoni es Profesora en Letras, egresada de la UNLP. Es docente en escuelas secundarias. Formó parte del Programa de Lectura en la escuela de la provincia de Buenos Aires entre los años 2009 y 2011. Trabaja como capacitadora en CePA en CABA. Da clases en la UNIPE (Universidad Pedagógica) y en el IUNA (Departamento de Audiovisuales).

pautomassoni@gmail.com

** Crisólogo Bonavita es Profesor en Letras, egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Se dedica a la docencia, es un mediocampista eficiente y solidario y, en las noches de verano, gusta de arrancar temprano...

crisolito2240@hotmail.com

que en la escuela los alumnos lean, sino de abrir espacios para que muestren cómo lo hacen. Sospechamos que los modos escolares de los que hablamos podrían estar resultando poco eficientes en la convocatoria a nuestros lectores, y por eso se nos ocurrió buscar escenas de lectura más allá de los límites del aula.

Pensando nuevas propuestas para la lectura de literatura en la escuela, organizamos un proyecto que tomara, de las prácticas sociales, su heterogeneidad. El objeto a observar: la poesía. Tradicionalmente, los modos de leer en la escuela se distinguen de los modos de leer en general porque proponen una mirada unidireccional. El recuerdo minucioso y la reproducción del argumento de una narración, por ejemplo, constituyen verdaderos clásicos en las prácticas de lectura escolares. La lectura de literatura en otros espacios sociales, en cambio, toma formas impensadas, se reinventa, se cruza con otras actividades artísticas, piensa nuevos espacios y nuevos actores.

La propuesta

El proyecto que presentamos fue llevado a cabo entre agosto y septiembre de este año, en la Escuela Secundaria Superior N°12, ubicada en Gonnet, cerca de la ciudad de La Plata. Se llevó a cabo con el apoyo del Departamento de Comunicaciones, cuya jefa es la profesora Laura Galeano, y de la Dirección de la Escuela, a cargo de la Directora Amanda Salim y la Vicedirectora del turno mañana, Mariela Sansoni.

Sobre la concurrencia

Participaron de los encuentros alumnos de cuarto, quinto y sexto año de algunas divisiones. La selección de los cursos fue un tanto aleatoria y es una decisión a la que seguimos sintiendo que debemos volver y revisar. Estaba claro que debían ser convocadas las tres divisiones de la escuela que tienen la orientación en *Arte: Literatura*. ¿Cómo seleccionar las demás? La decisión tomada, más práctica que pedagógica, fue que participarían aquellos cursos cuyos profesores de Literatura tuvieran voluntad de hacerlo.

Respecto de la participación tuvimos siempre una certeza: los cursos se incorporarían “completos”, es decir, este no es un proyecto pensado para algunos alumnos que saben que gustan de escuchar poesía, sino que deseamos que sea una experiencia verdaderamente plural. Casi podríamos decir, con especial interés en aquellos alumnos que, supuestamente, no estarían interesados en asistir. Como comentaremos más adelante, esta experiencia tiene un antecedente en la escuela, en el 2011. En esa oportunidad, esto que es hoy una certeza, era una sospecha: todos los alumnos debían participar. Al finalizar aquel encuentro, algunos testimonios de los chicos nos confirmaron que habíamos hecho lo

correcto. Muchos de ellos decían que habían descubierto su interés por la poesía después de los encuentros, o mostraban qué aspectos les habían interesado. De todas las opiniones recogidas entonces, esta es nuestra preferida: una alumna confiesa que la experiencia no le interesa en absoluto, pero sin embargo no puede dejar de dar cuenta de los efectos de la poesía. Transcribimos literalmente su texto:

Yo hubiese preferido quedarme en el salón, hablando de algún libro antes que ir al encuentro, ya que no me agradan mucho las poesías en sí, la literatura.

De todas maneras la poesía que más me gustó fue la del perro, ya que me pareció muy real, o sea me llegó a conmover tanto lo leído, hasta cómo fue recitado. Otra que me interesó fue la que hablaba de la mujer que no tenía plata para darle de comer a sus hijos, y por eso vivía trabajando.

En fin, yo creo que mucho no me interesó porque me cuesta concentrarme o prestar atención en cosas que no me gustan, por ende si por ejemplo leían alguna lectura que me interesara, hubiese podido escribir otras cosas.

Cuando leyeron la poesía del perro me dieron ganas de llorar, me angustié, porque mientras la leían pensaba en mi perra y al pensar que le podía pasar eso me puse triste. [1]

El testimonio de esta alumna, contradictorio en algún sentido (dice que no puede prestar atención a la poesía porque no le gusta y al mismo tiempo muestra, a partir de su interpretación, el modo en que logró apropiarse de los textos, en este caso, desde la emoción) nos convence de que este espacio para la lectura de poesía se ha convertido, en términos de Graciela Montes, en una ocasión. Si hubieran venido solamente los alumnos que manifestaban tener ganas de hacerlo, muchas experiencias (como la transcripta) no hubieran sucedido. Por tanto: “los cursos enteros”, es una decisión tomada; “¿qué cursos?”, se sigue discutiendo.

Sobre la dinámica

Entonces, pensando cómo podríamos desbordar las propuestas escolares clásicas para la lectura de literatura, armamos este proyecto cuyo espíritu fue tomar de las prácticas sociales no escolares un espacio para pensar la poesía desde la multiplicidad de experiencias que su lectura y escucha propone.

La propuesta que, como dijimos, ya tenía un antecedente en la escuela en el año 2011, se organiza en dos momentos.

Primero, a lo largo de algunas semanas, las horas de literatura son destinadas a la lectura de poemas. Se ofrece un corpus lo suficientemente heterogéneo como para problematizar los límites de la poesía. Observamos, por ejemplo, poemas visuales o caligramas (Ronaldo Azeredo, Bernardo Schiavetta, Oliverio Gironde, etc) provocando la pregunta “¿Esto es un poema?” que derivará en la general “¿Qué

es la poesía? ¿Qué es un poema?”. Leemos poemas que “no se entienden” (“No sé qué significa...” dijo una alumna al terminar de oír “Mi lu” de Gironde, “pero si un chico me habla así, me caso”).

Como la propuesta es trabajar desde la heterogeneidad, se eligen poemas distintos: Jorge Luis Borges, Miguel Cantilo y Gustavo Cerati; Alfonsina Storni, Sor Juana y Naty Menstrual; Bécquer, Neruda, Osvaldo Bossi, Jacques Prevert y Santiago Castellano; los chicos proponen a Pity Alvarez, hablan de Eminem y del rap, y siguen...

Los modos de lectura propuestos son también variados: lectura en voz alta, en voz baja, poemas proyectados en power point, escucha de grabaciones de los poetas, videos.

En segundo lugar, a lo largo de una semana, se invita a poetas que, en su mayoría, residen en La Plata o sus alrededores, a conversar y leer con los alumnos. Se intenta, en el armado de la grilla de los encuentros, invitar a escritores que propongan con sus obras distintas estéticas, y también que se relacionen con su producción de diferente manera.

Desde el punto de vista de la difusión de sus textos, el trayecto permite observar cómo algunos poetas publican sus poemas en libros, o en revistas, o en redes sociales, u organizan lecturas públicas. Desde el punto de vista de sus proyectos, los autores han explicado que escribían como un desafío estético, o como proclama política, para expresar sentimientos, o para mirar el mundo.

El objetivo es problematizar aquello que se supone obvio, unívoco, tradicional e incuestionable. Así, embarcados en lo que podría llamarse “apuntes para una *no definición* de la poesía”, decidimos abrir las puertas a gente que hace cosas muy distintas y que, por ello mismo, nos ayudarían a construir el desorden al que queríamos llegar.

La idea, entonces, es tratar de emular, por un lado, encuentros de poesía que se dan en ámbitos no escolares. Por otro, poner en discusión la definición de poesía en tanto género.

Encuentro de poesía en “La 12”: segunda edición.

“Pase lo que pase, ya esta bueno”

La frase, lanzada por uno de los poetas asistentes al primero de los encuentros, aparece en un buen momento. Hay, como es esperable, ciertos nervios; hay tensión, “miedito algo saludable” a lo que pueda pasar, a si las cosas “van a funcionar”, como suele decirse. Ese temor que, si bien se lo reconoce,

generalmente no se lo nombra, tal vez para no darle mayor entidad, tal vez creyendo que lo que no se dice no existe o tiene menos valor.

Por todo eso la frase cae en buen momento, ya que viene a recordarnos algo obvio que se nos estaba perdiendo de vista: las cosas no pueden salir mal, porque de lo que se trata es de que las cosas sucedan y, en efecto, van a suceder. YA hay quince poetas citados a la escuela en días sucesivos, YA hay trece cursos con sus días asignados para asistir a esos encuentros, YA hay docentes trabajando con poemas seleccionados y con otros que son de su exclusivo interés; YA hay gente que conoce la movida y que pregunta, YA hay ex alumnos enterados, YA hay autoridades que dieron el visto bueno; en definitiva, ESO que queríamos que pasara, YA está pasando, ya está saliendo, y eso es buenísimo. O así lo dice el poeta.

Dar el paso: escapar para adelante

Podría decirse, sin incurrir en error grave, que uno de los temores docentes más frecuentes es el temor al cambio. Se trata de esas zonas de seguridad cristalizadas que, aunque muchas veces no funcionan, tampoco se abandonan [2]. "¿Qué sucedería si hago tal o cual cosa? ¿Funcionará? ¿Y si todo sale mal?" son dudas que surgen y, a veces, en un acto que se presume preventivamente saludable, se elige seguir con lo que se venía haciendo: no complicarse.

Sería bueno, en estas disyuntivas, preguntarnos a qué llamamos "mal", qué es eso que podría salir "mal". En ese sentido, tomamos una decisión: nosotros creemos que lo que peor sale es lo que no sale. Así, y una vez surgida la idea de organizar un encuentro con poetas para leer y discutir en la escuela, la única manera de sopesar su viabilidad es haciendo el encuentro, dando el paso.

¿Puede funcionar, en el aula, la anticipación como un obstáculo? Algo de esto nos sucede a los docentes muchas veces al preparar nuestras clases: el querer saber antes qué es lo que sucederá, para ver si nos estamos equivocando al optar por ciertos caminos y no por otros. Más allá de lo que resulte "bien" o "mal", más allá de poder juzgar si las cosas funcionaron, sería bueno reformular los criterios de elaboración, teniendo en cuenta la diversidad de los espacios y personas con quienes trabajamos y la severa imposibilidad que tenemos para predecir respuestas. Teniendo presente esto es que podemos abocarnos a elaborar encuentros que, por incluir a mucha gente, van a tener un recorrido saludablemente imprevisible.

No se trata aquí de una pedagogía de la imprevisión; se trata de confiar en lo que uno hace y de querer que las cosas sucedan, y de poder revisar a fin de reelaborar, de no quedarse con interpretaciones

únicas, y de no creer, tampoco, que siempre todo cambio es para bien, o que las cosas están mejor así, o que “antes era mejor” y ahora es un desastre, o viceversa. Al fin y al cabo, de lo que se trata es de problematizar nuestras prácticas metiendo mano, por decir, constantemente.

Poediversidad o biopoeticidad: relato de los encuentros

Llegamos al SUM del colegio con una valija llena de libros de poesía que desparramamos sobre una mesa. Funcionarán como disparadores, a veces, para los poetas. Serán un atractivo ineludible para algunos alumnos curiosos que, al final de cada encuentro, se acercarán a revolver, abrir, hurgar y preguntar.

El lunes recibió a los tres poetas parados en un rincón. Los resultados de la indecisión. “¿A dónde les gustaría ubicarse?”, “No sabemos”. No supimos y, por eso, Ana Rocío Jouli, Diego García y Fernando Nuri empezaron a charlar desde una esquinita, por parecerles la mesa muy formal, muy “de conferencia”, sobre cómo empezaron a escribir, por qué, qué.

“Yo empecé escribiendo poemas muy cursis” dijo Ana. Poemas para novios, poemas con sentimientos. Contó que era de Punta Alta y después leyó (ya sentada) una serie de poemas sobre la playa. Algunos de ellos, haikus. Los poemas que leyó Ana tienen la sensibilidad de la acuarela. Son imágenes sencillas que hacen pensar también en las ilustraciones de los libros de lectura escolares de hace treinta o cuarenta años. Mirada escrutadora pero no impertinente, con un lenguaje sereno y pacífico: colores claros, que no violentan. Una fotografía tomada desde lejos, con un zoom medio, que revela detalles sin invadir.

“Tengo un trabajo, una esposa, un hijo”: entre risas tibias Diego saca carnet de “hombre común”. Que los poetas no son bichos raros, se discute. Defiende su posición con *Hiedra*, su libro de tapa verde brillante, en la mano. Los poemas que lee Diego suspenden el tiempo en una mirada que atraviesa los objetos y construye un abismo detrás. Los objetos son simples: el shopping, el té y la tradición; la que es compleja es la mirada, que hilvana puntos de referencia (vidrieras, ruidos, lámparas, tazas, papel, kerosene) desde los que abre mundos nuevos a partir de asociaciones posibles. Confesada su admiración por Pizarnik, contó cuánto lo había deslumbrado descubrir en la biblioteca *El árbol de Diana*, sobre todo por la disposición espacial de poemas muy breves en una página en blanco. Buscamos el libro en la mesa: están las *Obras completas*; abrimos, elegimos, leemos. Discutimos entonces acerca de cuánta importancia tiene el aspecto visual, plástico, en la poesía. Detrás, en la pantalla, está proyectado el poema “Uróboro” de Schiavetta. Leemos y comentamos. Cuánta importancia tiene el aspecto sonoro. Fer Nuri explicó qué importante era para él la instancia de lectura junto a otros poetas, escucharse y escuchar a los otros. La poesía como experiencia visual y auditiva. Se teje un entramado.

Fer Nuri habló de su relación con el lenguaje. O del lenguaje y su relación con el mundo. Contó una anécdota: él no es de La Plata y cuando venía a la ciudad en tren leía las pintadas que decían “el día miente” y le parecía una expresión poética suprema. Hasta que supo de la existencia del diario *El Día* y entendió que eran mensajes más utilitarios que estéticos, más políticos que metafísicos. El lenguaje y su uso están llenos de secretos. Por eso el poeta les propuso a los chicos sus “reescrituras”: reescrituras “turras” de textos clásicos. En este caso, de *El árbol de Diana* de Alejandra Pizarnik, y *El libro de los abrazos* de Eduardo Galeano. El momento más desopilante de su lectura fue la intensiva, escrutinadora y clara clasificación de los mocos y sus usos y costumbres. Los alumnos lo aplaudieron y un profesor invitado (que compartía las jornadas por tocarle dictar clase en ese horario con alumnos que participaban) manifestó al día siguiente su curiosidad ante el hecho de que los jóvenes no se sintieran tan incómodos como él al escuchar hablar tanto y sostenidamente de los mocos.

¿Hay que leer mucho para escribir? ¿Cuál es la diferencia entre poema y poesía? ¿Cuánto corrigen sus textos? ¿Cuánto tiempo escriben? ¿Cómo? ¿Dónde? Son algunas de las preguntas que surgieron del primer encuentro.

El martes encontramos una solución perfectible para el problema del lugar. Los tres poetas que nos visitaron: Franco Coccia, Matías Esteban y José María Pallaoro se sentaron delante de la mesa. Estaban más cerca de los chicos pero, como quedaban debajo de la tarima, los alumnos que estaban más atrás no los veían. Eso fue un inconveniente: puede ser más difícil prestar atención cuando no se puede ver.

Matías Esteban es profesor en la escuela. Sus alumnos estaban presentes en el encuentro. Contó por qué escribía poesía. Habló de la urgencia y la paciencia, del escribir y el volver. Y el publicar. Mostró sus ediciones artesanales. Contó cómo es formar parte de un colectivo que autogestiona sus publicaciones y cómo hacen para difundir sus obras. Muchos de los alumnos escriben literatura y escuchar a Matías fue importante para pensar cómo difundir el material propio, cómo compartirlo. El día anterior, Ana Rocío Jouli había hablado de las posibilidades de publicación en las redes sociales, que los chicos usan habitualmente.

José María Pallaoro eligió contar su relación con la poesía desde su historia personal. El correr de los años, el relato político y autobiográfico como la trama desde donde pensar su experiencia poética. Las publicaciones: los libros, los blogs, la revista *El espinillo*. Su trabajo con talleres. La admiración a Spinetta y una frase polémica: “Algunas canciones del Flaco son verdaderos poemas, otras son solo letras de canciones”. Fue inmediatamente interpelado por los alumnos: ¿Qué diferencia hay entre un poema y

una letra de canción? Y enseguida: ¿Qué es, cómo se define, la poesía? Franco Coccia, con la guitarra en la mano, sumó a la discusión: “algunos poemas aparecen con música y otros no”. El debate quedó instalado.

Franco Coccia deslizó temerosamente sus objeciones. Una vez más, como había ocurrido el lunes, fue posible apreciar distintos criterios a la hora de pensar en qué es la poesía y cuáles son los modos en que se construye. La guitarra a un costado, expectante, hacía de Franco algo diferente, habituados como estaban hasta entonces los alumnos a escuchar leer. Las canciones volvieron inevitable el debate acerca de la naturaleza de los poemas, las canciones... Las miradas se cruzaron, configurando un óleo diverso en el que no había jerarquías ni autoridades que detentaran una verdad única. Íbamos bien.

El miércoles le encontramos la vuelta a la ubicación: los poetas sentados, delante de la mesa, sobre la tarima. Solo hizo falta correr la mesa. César Cantoni, Damián Andreñuk y Manuela López Corral prepararon sus textos. Ese día los profesores elegimos empezar leyendo poemas que nosotros habíamos elegido: sonaron “¿Por qué grita esa mujer?” de Susana Thénon y “Revolución” de Saul Yurkievich.

También los poetas se presentaron leyendo. Sus poemas, sus tonos de voz, sus cadencias, ya hablaban de ellos.

Damián generó el primer debate: “Se escribe desde el dolor”. Preguntas: ¿Se puede escribir poemas sin estar triste? ¿Sin estar desolados? ¿Los poemas felices son peores que los tristes? ¿Y las canciones? Y otra vez: entonces, ¿Qué es la poesía?

La discusión se puso más técnica cuando los alumnos pidieron diferenciar “poesía” de “poema”. Los poetas se divirtieron: “Son preguntas muy difíciles”. Probaron. Sugirieron. Algunas respuestas las dieron los alumnos. También se preguntaron acerca de los títulos. ¿Por qué algunos poemas tienen títulos y otros no? ¿Un título ayuda a interpretar un poema o lo limita? Las respuestas de los poetas tampoco coincidieron esta vez.

César explicó la aparición de los objetos en sus textos y la omisión de la metáfora: “en el poema el tren es un tren, el surtidor es un surtidor”. También habló de la indagación en la experiencia personal al momento de escribir. Se escribe sobre cosas simples, apuntando a lo profundo. Se ve en lo sencillo, en lo cotidiano, un mundo.

Pero el momento más álgido del encuentro sucedió cuando, tratando de explicar qué es lo poético, Manuela propuso un ejemplo: “En Arjona es indiscutible la intención poética. Que le salga mal, es otra cosa”. Las preguntas llovieron. ¿Por qué “mal”? ¿Hay una forma del “bien hacer” poético? ¿Es porque sus letras son machistas? ¿Porque usa metáforas fáciles? Algunas alumnas se enojaron: “A mí me gusta Arjona”. La discusión se extendió: ¿Cómo se mide la calidad poética?

Manuela cerró el Encuentro con la lectura de “Perro muerto”, el poema que conmoviera a nuestra alumna en el 2011 [3]. Santiago, uno de los alumnos, reconoció que era un poema que habían leído, de manera polifónica, los integrantes de *Enjambre de Jengibre*, el colectivo de poesía que visitó algunas aulas en el 2013. Le contaron a Manuela la experiencia con su texto y se iba construyendo, con el relato, la evidencia de la lectura pública como un espacio de difusión.

Jueves. Las sillas frente a la mesa y sobre la tarima fueron la combinación perfecta. Allí se sentaron, sin dar vueltas esta vez, Mauro Lo Coco, Rubén Guerrero y Mariano Dubin.

También comenzamos leyendo los profesores: “No hay más” de Karmelo Iribarre y poemas de Pablo Natale. Y también los poetas se presentaron con sus lecturas. Escuchamos. Hay un tono diferente. Los poemas de estos autores del jueves proponen un trabajo fuerte con la oralidad: el registro es cotidiano y juega con los matices de la palabra dicha, de la palabra social. ¿Por qué? ¿Hay un proyecto político detrás del poema? Las preguntas no tardaron en aparecer.

Rubén Guerrero comentó que la voz que enuncia sus poemas está pensada con carácter de personaje: “En mis poemas habla un obrero”. Se indagó respecto del riesgo en la construcción de esas voces: ¿Cuál sería el problema de pensar que la voz que enuncia es el poeta? Rubén explicó también que no escribe títulos, porque le parece que se corre el riesgo de que clausuren las posibilidades de sentido. Ilenia, una alumna, le contó que al leer el título de su libro, *No transpira*, había podido darle un sentido a los poemas en conjunto.

Mauro y Mariano, en cambio, ponen títulos a sus poemas. Tuvieron que explicar, sin embargo, algunos procedimientos recurrentes. Mauro explicó que no usa mayúsculas ni signos de puntuación por respeto a la construcción del discurso oral. Mariano explicó el uso de las barras: “Las conocí leyendo a Gelman y las odié. Con el tiempo descubrí que pueden darle al texto un ritmo distinto”.

Escribir con el lenguaje cotidiano como materia puede llevar a la confusión de que esos textos hayan sido creados casi sin mediación. Los poetas desarmaron esa creencia. Mariano explicó cómo el lenguaje

de sus poemas es un lenguaje construido, ajeno al propio. Son modos que él rastreó y en los que se conjuga la palabra del campo, que Dubín relaciona con el entorno de su abuelo, y las voces del barrio en la plaza de Tolosa. Mauro cuenta su obsesión por el aspecto sonoro de sus poemas y algunos métodos: ingresar sus textos en un programa de su computadora que los lee en voz alta y robótica. El sonido, el ritmo, la musicalidad, en la mira del poeta.

El viernes repetimos la ubicación ya chequeada con un agregado: como uno de los poetas estaba algo disfónico, usamos un micrófono.

La poeta invitada tuvo un inconveniente a último momento, así que el día de cierre nos visitaron dos: Gustavo Caso Rosendi y Daniel Falabella.

Leímos primero los profesores: un texto de *Hacer sapito* de Verónica Viola Fisher. Después se presentaron leyendo los poetas. Gustavo abrió con uno de sus poemas de *Soldados*. Daniel eligió "Sobreviviéndote" y antes de leer explicó por qué lo había escrito y qué cuestiones de su vida personal estaban implicadas en él.

Los dos poetas coincidieron en el hecho de que la poesía era la manera de expresar los sentimientos cuando nada del lenguaje cotidiano alcanzaba para hacerlo. La guerra de Malvinas, la vida, la familia. "Voy a ver a mi mamá al lugar adonde está internada y después lo tengo que escribir": Gustavo lee "Jacarandá", un poema del libro que está escribiendo sobre su madre.

Es el quinto día del encuentro, muchos de los alumnos asistieron a varios, suponemos que ya pueden estar un poco cansados de la lectura de poesía: sin embargo cuando estos autores leen se hace un silencio especial, el silencio de escucha, se genera un clima nuevo. Los poetas del viernes tienen otra propuesta, distinta de los días anteriores.

Vuelve el tema del dolor como motor de la creación. Y de la experiencia. ¿Es necesario haber estado en Malvinas para escribir sobre Malvinas? "No. Solo es necesario ser sincero con lo que se quiere decir": la respuesta de Caso Rosendi es contundente. ¿Y el dolor? "La felicidad tiene mala prensa desde Palito Ortega. Pero se puede escribir desde la felicidad", propone Falabella. Entonces se discute sobre la poesía y el humor.

Daniel Falabella provoca al auditorio femenino con un poema "machista" cuyo proceso de producción tiene una historia: la cuenta. "¿Vos pensás así?", lo interpelan y él se ríe: era un texto para discutir con

una escritora feminista. “¿Y no te da miedo que piensen que sos vos el que pensás así?” Otra vez hablando sobre voces y personajes en la poesía.

Gustavo revuelve la mesa de libros, elige para leer un poema de Edgar Bayley, y se queja de las antologías: “Nunca seleccionan los poemas que a mí me gustan”. Se abre la charla: corpus, tradición y canon. Daniel elige un poema de Luis Rogelio Nogueras. Es largo: se anima igual; leyéndolo se emociona. Pero el poema cierra en el silencio de escucha. Lo aplauden con ganas.

Los poetas se despiden del público y entre ellos (acaban de conocerse). Se pasan sus datos para contactarse. Lo mismo sucedió en encuentros anteriores. El encuentro se instala, como un momento en la red que produce y reproduce las formas de la cultura. La línea que divide la experiencia social y escolar en relación con la poesía se confunde y se adelgaza.

La pregunta como conclusión

El cierre de los encuentros se festeja como se festeja el éxito. Estamos contentos. No llegamos a ninguna conclusión: tenemos más preguntas. Somos más sabios.

Todo salió: por lo tanto, salió bien. La indefinición, la proliferación de las dudas como modos de liberarse de los moldes que ciertas tradiciones escolares habían impuesto a la poesía: esos eran los objetivos cumplidos. Algunos alumnos se animaron a mandarnos sus poemas, otros se acercaron a encuentros de poesía que se hicieron en esos días en la ciudad. Eligieron sus poetas preferidos. Evaluaron. Corrigieron: “para la próxima”.

Notas

[1] El poema al que la alumna se refiere es “Perro muerto” de Manuela López Corral.

[2] En “El docente como *autor* del currículum: una reinstalación política y teórica necesaria”, Analía Gerbaudo (2011) presenta estas cristalizaciones como obstáculos epistemológicos que devienen en obstáculos ideológicos que impiden las “buenas prácticas”.

[3] Personalmente, con la lectura de “Perro muerto” tengo otra experiencia interesante: dictando una capacitación docente para profesores de prácticas del lenguaje en Ciudad de Buenos Aires, leo este poema. El texto tiene una propuesta formal inquietante ya que el último verso se repite una vez, y otra, y otra. Me interesa especialmente ese final porque genera una “incomodidad” en la situación de escucha que me resulta sumamente productiva. Aquella vez a la que me refiero, al terminar de leerlo y levantar la vista, descubro que una de las docentes tenía la cara literalmente empapada por el llanto. Había sido un llanto silencioso, porque no éramos más de diez personas en el encuentro, y la hubiéramos escuchado. La docente pidió disculpas por emocionarse, se refirió superficialmente a una experiencia personal sobre un accidente. Aunque terminamos hablando de los modos de apropiarse de un poema, durante un momento nadie (yo menos que ninguno) en el encuentro sabíamos cómo seguir, cómo volver. Fue un momento de incomodidad, de imposibilidad de “control” al que, generosamente, nos llevó la poesía (Paula Tomassoni).

Bibliografía

Bombini, G, (2006): *Reinventar la enseñanza*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Bourdieu, Pierre (2010): *El sentido social del gusto*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Colomer, Teresa (2001): “La enseñanza de la literatura como construcción de sentido.” *Lectura y Vida, Revista Latinoamericana de Lectura*, Año 22, n° 1, marzo 2001, pp. 6-23.

Cuesta Carolina, (2006) *Discutir sentidos*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Gerbaudo A. (dir) (2011): *La lengua y la literatura en la escuela secundaria*, Homo Sapiens Ediciones, Universidad Nacional del Litoral.

Montes, Graciela, *La gran ocasión. La escuela como sociedad de lectura* (2007): Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación. Plan Nacional de Lectura. Disponible en www.planlectura.educ.ar/publicaciones/biblioteca_digital

Ranciere, Jacques (2007): *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre emancipación intelectual*, Libros del Zorzal.

Sitios web de los poetas

<http://rubenfalabella.blogspot.com.ar/>

<http://josemariapallaoro.blogspot.com.ar/>

<http://francococcia.bandcamp.com/>

<http://spaciodepoesia.blogspot.com.ar/> (Diego García)

<http://www.merasconjeturas.blogspot.com.ar/> (Fer Nuri)

<http://larazondemilima.blogspot.com.ar/> (Mariano Dubin)

<http://manuelisima.blogspot.com.ar/> (Manuela López Corral)

<http://lospoetasnovanalcielo.blogspot.com.ar/> (César Cantoni)

<http://nonatadechernobyl.blogspot.com.ar/> (Ana García Orsi)

<http://zindoygafuri.blogspot.com/> (Mauro Lo coco. Rubén Guerero)